
La bandera de la democracia y el socialismo*

Orlando Nuñez y Roger Burbach

Cada vez más, la democracia se convierte en uno de los terrenos más sensitivos de la lucha política e ideológica entre el capitalismo y el socialismo. Históricamente, el imperialismo norteamericano y las clases gobernantes latinoamericanas respondían a las crisis económicas y políticas imponiendo dictaduras civiles o militares. Así fue durante la depresión de los años 30, lo mismo en las décadas posteriores a la Revolución Cubana (1960-1970), en que tres cuartas partes de los habitantes de América Latina vivían bajo regímenes dictatoriales. Hoy en día los Estados Unidos y sus aliados burgueses en Latinoamérica están recurriendo de nuevo a mostrar la cara de la democracia representativa a fin de recuperarse del desgaste producido por las formas dictatoriales utilizadas en el pasado. Esta estrategia imperialista arrecia con la toma del poder por él sandinismo en Nicaragua, y a medida que avanza el cuestionamiento de las masas en toda América. En vez de imponer o sostener dictaduras militares como respuesta a la profundización económica y política de la crisis, los Estados Unidos prefieren abandonar e incluso dar de baja a sus dictadores; Argentina, Brasil, Uruguay y Perú, muestran el primer paso; la salida de Duvalier en Haití y de Marcos en Filipinas ilustran el segundo.

Los Estados Unidos están obligados a anticiparse ideológica y políticamente al desencadenamiento revolucionario de los hechos, ya que son pocos los paliativos económicos que pueden ofrecer a la crisis económica que está devastando a la mayor parte del tercer mundo.

Más aún, dado el déficit fiscal galopante norteamericano, aquellos días en que se podían destinar billones de dólares en ayuda económica

* Este es un capítulo de su libro *Democracia y Revolución en la Américas*, Ed. Vanguardia, Nicaragua, 1986.

quedan cada vez más en el recuerdo. Ya pasaron también los tiempos en que las multinacionales norteamericanas y los bancos corrían hacia América Latina y El Caribe con decenas de billones de dólares para las nuevas inversiones y préstamos. Los Estados Unidos pueden ofrecer muy poca asistencia económica, limitándose a programas de austeridad y préstamos condicionados a gobiernos pronorteamericanos como los de Honduras, El Salvador y Costa Rica.¹

En esta guerra ideológica y política, el esfuerzo fundamental norteamericano es la promoción de procesos electorales democráticos controlados y la reestructuración de gobiernos para darles una fachada reformista. Centroamérica es la muestra piloto de este proyecto. En esta región, los Estados Unidos están financiando directamente las elecciones, canalizando torrentes de fondos hacia las arcas de sus políticos favoritos y colocando asesores norteamericanos en ministerios claves para modernizar y reformar la burocracia estatal. Una parte fundamental de esta escaramuza democrática "made in USA" es la campaña para penetrar y controlar instituciones de la sociedad civil, sean sindicatos, partidos políticos, gremios de prensa o instituciones académicas y profesionales.² Expertos en relaciones públicas y especialistas en operaciones psicológicas trabajan con los gobiernos locales, periódicos y estaciones de televisión para manipular la opinión pública. En las ondas internacionales de comunicación, los Estados Unidos utilizan la Voz de los Estados Unidos de Norteamérica, Radio Martí (dirigida hacia El Caribe), e incluso emisoras locales, para transmitir sus mensajes pronorteamericanos y anticomunistas.

Este es el programa descrito por la Comisión Kissinger en su informe sobre la situación en Centroamérica en 1984. El informe instaba a la modernización de los Estados centroamericanos y a la creación de sociedades permeadas de valores norteamericanos. Este documento es uno de los aportes más valiosos en la carrera de Kissinger como defensor del imperio. Logró mezclar el viejo programa liberal, consistente en desarrollar el Estado-nación en el tercer mundo, con la ardiente cruzada anticomunista de los conservadores.³

Aquí está el desafío principal que la izquierda debe afrontar si pretende ganar la guerra contra el imperialismo norteamericano. Ya no será suficiente denunciar a los gobiernos dictatoriales y organizar movimientos guerrilleros para combatirlos. Cada vez habrá menos situaciones maniqueas como las dictaduras de Batista, Somoza o Duvalier.

Para poder enfrentar el desafío del imperialismo norteamericano, la izquierda tendrá que impulsar, junto a las otras formas de lucha, la bandera de la democracia como nunca antes lo ha hecho.

Un punto de partida para desarrollar un nuevo proyecto democrático revolucionario es el reconocimiento de que la lucha revolucionaria en sí misma es una fuerza explosiva, democratizante, independientemente de que sea orientada por reformistas o socialistas. Los movimientos de masas que nacen en estas luchas son innatamente participativos, las masas sienten que su presencia en un movimiento en particular puede definirlo y que ellas pueden cambiar la realidad. Esta es la democracia participativa en su forma y aspecto fundamental. En este proceso, el individuo se identifica con las masas, absorbiendo de esta manera dos tendencias opuestas de la sociedad contemporánea.

Más aún, las masas en los procesos revolucionarios se están rebelando contra la alienación, el individualismo, el aislamiento y la atomización. Están casi instintivamente demandando lo contrario: fraternidad, igualdad, solidaridad y democracia. Esta dinámica básica estuvo presente en las luchas políticas y sociales de los años 60 en los Estados Unidos, en los acontecimientos estudiantiles y de masas del mayo francés en el 68, y también estuvo presente en Nicaragua en 1978-1979.

La batalla ideológica por la democracia

El papel de la democracia como bandera de lucha junto al resto de banderas revolucionarias, marca un giro sustancial en la forma como han competido en el pasado los movimientos revolucionarios y el imperialismo por alcanzar legitimidad ante las masas. Por varias décadas, las dos fuerzas se enfrentaron solamente en aspectos de índole económica. La izquierda pregonaba y reclamaba que sólo el socialismo podía cubrir las necesidades de las masas para aliviar el hambre, el subempleo y los problemas generales del subdesarrollo. El capitalismo respondía señalando que era el sistema más eficiente en la historia de la humanidad y, que en la medida en que el tiempo pasara, la riqueza se desbordaría beneficiando a todo el mundo. Cada sistema ha logrado éxitos en esta competencia. El capitalismo ha creado una maquinaria económica formidable no sólo en países capitalistas avanzados, sino también en muchos países del tercer mundo como Brasil y Argentina. Países socialistas

como Cuba han demostrado que a pesar de no ser una potencia en aplicaciones tecnológicas ni en fuerzas productivas como el capitalismo, pueden alimentar, proveer de techo y vestuario a su pueblo de una manera más igualitaria.

Estos temas económicos van a continuar siendo importantes en las luchas revolucionarias, particularmente en los países en vías de desarrollo. Sin embargo, la crisis económica global que afecta tanto a las sociedades revolucionarias como a las capitalistas en el tercer mundo, obliga a ambos sistemas a tomar en consideración los asuntos políticos e ideológicos a fin de legitimar sus posiciones ante las masas.

En la medida en que la crisis se acentúa en América Latina y El Caribe, se profundiza la campaña de Estados Unidos para sostener su hegemonía política e ideológica. Esto no quiere decir que las cosas serán sencillas para el imperialismo norteamericano, quien acusa muchas debilidades en la lucha por la bandera de la democracia. Las condiciones de inestabilidad por las que atraviesan muchas de las democracias formales de América Latina en la medida en que la crisis económica se agudiza, el apoyo histórico de la administración norteamericana a las dictaduras, y su obsesión por prevenir el acceso al poder de cualquier gobierno que esté abierto a las alianzas con la izquierda y partidos políticos comunistas, son los factores que dificultan a los Estados Unidos la apropiación de la bandera de la democracia sin aparecer oportunista e hipócrita.

Sin embargo, la izquierda también tiene un pasado poco claro cuando se trata de erigir la bandera de la democracia; por años, ha ignorado olímpicamente el asunto de la democracia política. Tanto en los Estados Unidos como en América Latina, ha irrespetado la democracia, mientras paradójicamente desarrolla un programa concreto que promueve su progreso. El control burgués sobre las instituciones democráticas existentes en los países capitalistas es de hecho la razón central por la cual la izquierda se ha excluido de la discusión sobre la democracia. Esta, no obstante, es una bandera revolucionaria, una bandera que tiene impacto en las masas.

Por lo tanto, es imperativo encontrar formas para desarrollarla en los Estados Unidos y América Latina, a fin de integrarla al patrimonio revolucionario.

Hay razones históricas que explican por qué los marxistas han encontrado difícil esgrimir la bandera de la democracia. En primer lugar

encontramos un gran prejuicio doctrinario por la democracia, nacido del comportamiento farsante y cínico con que la burguesía ha manejado este tema; en segundo lugar y ligado al primero, el socialismo ha centrado el alma de su doctrina en los aspectos económicos, y en este caso no ha reconocido más democracia que la material, permitiendo que la derecha usufructúe sus aspectos políticos, sociales y culturales. La mayoría de los países socialistas —estén en Europa del Este o en el tercer mundo— no han sido democracias políticas o culturales ideales. Puede existir democracia participativa a nivel de las bases en las sociedades socialistas, pero muchos partidos comunistas tienden a ser, como ellos mismos lo señalan en sus repetidas autocríticas, autoritarios, burocráticamente verticalistas y sesgan con facilidad su comportamiento de manera elitista.

Otro factor causante de las limitaciones democráticas en el socialismo ha sido el enfoque reduccionista del marxismo-leninismo, por un lado, y las circunstancias históricas en que nació el socialismo por otro.

La vigencia del reduccionismo económico en las sociedades en transición plantearía la prioridad del desarrollo de las fuerzas productivas, incluso por encima de la voluntariedad del campesinado o de los trabajadores en general, disociando así los aspectos económicos de los políticos. El reduccionismo sociológico plantearía la prioridad de la clase obrera aun en detrimento del resto de sectores populares, olvidando que la participación de estos sectores es parte sustancial de la estrategia del propio proletariado. Resaltando así los aspectos coercitivos de la dictadura del proletariado y debilitando el contenido democrático de la revolución que tanto Lenin como Marx plantearon.

Cuando se enfrentaba el desafío del imperialismo, la visión reduccionista de las clases y los asuntos económicos condujo a muchos partidos comunistas a poner de relieve el concepto de la dictadura del proletariado, entendiéndolo como la conducción vertical por el partido en nombre de la clase obrera y excluyendo la necesidad de lograr paulatinamente la hegemonía basada en el consenso general.

Se priorizó el desarrollo económico en el que el gobierno jugaba un papel central, destacando de esta manera las tendencias autoritarias del Estado socialista. Y debido a la creencia ciega de que el proletariado tenía que ser hegemónico antes de que finalizara el periodo de la dictadura quedó poco espacio para que otros sectores sociales se integraran en el proyecto político de los gobiernos comunistas, olvidando que el

mismo Lenin definía la “dictadura del proletariado como una forma especial de alianza entre el proletariado, vanguardia de los trabajadores, y las numerosas capas no proletarias (pequeña burguesía, pequeños patronos, campesinos, intelectuales, etcétera) o la mayoría de ellos.⁴

Algunos hechos históricos específicos contribuyeron a este desarrollo autoritario. Casi todos los Estados socialistas se enfrentaron inmediatamente a agresiones contrarrevolucionarias e imperialistas; esto los empujó en dirección autoritaria puesto que tuvieron que poner el énfasis en lo militar, en la seguridad nacional, y la represión de cualquier grupo que cuestionara la revolución o se alineara con el imperialismo. Y en cierto sentido, ello formaba parte de la estrategia imperialista.

Más aún, en las sociedades no revolucionarias como las de América Latina, los partidos de izquierda proclaman su compromiso con las masas y la democracia, pero algunas veces se han dedicado más a montar acciones guerrilleras contra los gobiernos existentes que a trabajar en los movimientos de masas. El foquismo, la creencia de que un pequeño grupo guerrillero podía derribar un gobierno, fue la manifestación más extrema de esta tendencia militarista en los años 60 y 70. Aún hoy, algunas organizaciones político-militares de América Latina se preocupan exclusivamente de las operaciones militares y le restan importancia al trabajo de masas.

Otros partidos de izquierda que no están cautivados por la guerra de guerrillas, están más ocupados en disputas sectarias que en desarrollar un programa democrático que refleje los intereses concretos y las necesidades de las masas. A pesar de los significativos esfuerzos en la República Dominicana y recientemente en México, la falta de una práctica unitaria constituye un obstáculo para enfrentar la represión y el reformismo de la derecha. Muchas veces la izquierda se aferra y apela a que tiene la verdad histórica o teórica y no se preocupa real y concretamente por ganársela en la práctica.

Las raíces democráticas en el marxismo

Uno de los mayores problemas del marxismo es que tiene un legado teórico ambivalente sobre el tema de la democracia. Prácticamente todos los clásicos del marxismo, incluyendo a Marx, Engels y Lenin, tenían una visión profundamente democrática sobre la sociedad que surgiría después de una revolución política: pero no se abundó en señalamientos

o mecanismos concretos por medio de los cuales la nueva sociedad podría avanzar sobre el camino de la democracia.

En sus escritos, Carlos Marx dejó planteado sin duda alguna que una sociedad comunista sin clases solamente se podía lograr en una democracia plena. Nunca discutió en profundidad cómo podría ser construida una sociedad comunista, a pesar de sus reflexiones sobre el levantamiento de la Comuna de París en 1848, en las que planteó algunas de las características de una sociedad “en la que el pueblo actúa para sí mismo y por sí mismo”. Dentro de los atributos de este tipo de sociedad se encuentra: la abolición de un ejército permanente y su reemplazo por el pueblo armado; la no separación de la legislación y las funciones ejecutivas; el fin de los funcionarios y de la burocracia; las elecciones de todos los cargos públicos, incluyendo a los jueces, a través del sufragio universal; un constante control electoral sobre el gobierno con el derecho de revocación, y las limitaciones de los salarios del gobierno a los salarios de los trabajadores como un todo en la sociedad.⁵

En *El Estado y la revolución*, Lenin discutió en detalle el concepto del gobierno socialista. Escrito en 1917, antes y durante el levantamiento que guió la revolución bolchevique, Lenin argumentó que la dictadura del proletariado es el más democrático de todos los sistemas, ya que es la primera dictadura de las mayorías. Todos los trabajadores y sus aliados participarían en esta sociedad, excluyendo de la participación solamente a los enemigos del nuevo Estado. Hace un llamado a “quebrar de una vez y por todas la vieja maquinaria del burocratismo” y “la construcción de una nueva que nos permitirá gradualmente ir reduciendo todos los círculos burocráticos”. El Estado comenzaría a “extinguirse” y se formaría un nuevo gobierno en el que las “masas de la población accederían a la participación”.⁶

Este trabajo de Lenin ha sido calificado como irreal o utópico. Murió sin poder señalar los temas más difíciles tales como: los medios usados para tratar a la oposición o el papel del partido o la vanguardia en la nueva sociedad. Existen indicadores de que en 1924, en el momento de su muerte, Lenin había revisado sus puntos de vista sobre el potencial y las ventajas inmediatas de la democracia en la nueva sociedad, admitiendo que Rusia era “un Estado socialista burocráticamente deformado”⁷

Esta crítica al desarrollo de la política socialista no significa que no se continúen gestando tendencias democráticas en su interior. En algunos países socialistas existe una cierta tensión positiva entre las aspira-

ciones democráticas de las organizaciones de masas y las tendencias autoritarias del partido y del Estado. Asociaciones comunistas, sindicatos, organizaciones de mujeres o de jóvenes, organizaciones de masas en general proveen de un contenido democrático a muchas sociedades socialistas, y ello explica por qué —con las excepciones importantes de Polonia y Checoslovaquia en la Europa Oriental— la mayoría de los gobiernos comunistas han sobrevivido por décadas sin grandes convulsiones sociales.

En América Latina, las revoluciones de Cuba y Nicaragua han avanzado significativamente en el desarrollo de la democracia consultiva y participativa, tanto en los aspectos económicos como políticos e incluso, en el caso de Nicaragua, también en asuntos relacionados con la democracia representativa.

Existe plena conciencia de que es imperativo para los movimientos revolucionarios llevar a cabo la tarea de la construcción de la democracia socialista. Es obvio, pues, que este aspecto constituye uno de los caminos que los partidos revolucionarios en América Latina y en los Estados Unidos deben seguir para adquirir legitimidad a finales del siglo XX; única forma de sostener la iniciativa ideológica contra el imperialismo, así como de neutralizar el anticomunismo fanático de la demagogia burguesa.

Los nuevos revisionistas

El bloqueo democrático al que se enfrenta el marxismo-leninismo es uno de los factores que han llevado al surgimiento de la escuela revisionista-populista en América Latina y los Estados Unidos. Muchos de los que apoyan esta posición son revolucionarios desilusionados de los años 60 y 70. Algunos eran maoístas o trotskistas, foquistas o marxistas-leninistas. Como consecuencia de las derrotas políticas sufridas en los Estados Unidos, América Latina y El Caribe, estos activistas desilusionados sienten ahora la necesidad de romper con el pasado, de buscar estrategias completamente nuevas y premisas políticas para desafiar el orden existente.

Aunque hay una gran diversidad entre aquellos que mantienen estos puntos de vista, uno puede detectar tres temas políticos que atraviesan el movimiento revisionista-populista: a) la creencia de que el marxismo, el marxismo-leninismo y los conceptos de la vanguardia, así como

el análisis de clases, han sido superados por la realidad de finales de este siglo, b) una creencia casi romántica de que las masas y los movimientos de masas son la única esperanza para el futuro, restando toda importancia a la lucha de clases, al papel de la vanguardia y al proyecto revolucionario por el socialismo, y c) la creencia de que se puede alcanzar cualquier logro aun trabajando sólo en el marco del sistema capitalista.⁸

En los Estados Unidos estas posiciones están recogidas por los socialdemócratas de América y la Escuela Democrática de Administración. Los primeros argumentan que es posible que los socialistas tomen el control de instituciones políticas claves en los Estados Unidos como el Partido Demócrata. La segunda sostiene que los obreros, al demandar derechos de participación en la fábrica y aun comprando acciones de compañías, pueden empezar a controlar sus propias vidas y avanzar en la causa del socialismo. En Chile, Perú, Bolivia y Venezuela la posición de los revisionistas tiene raíces en los movimientos revolucionarios de los 60, pero hoy trabajan dentro del sistema político establecido persiguiendo metas reformistas.

Algunos intelectuales destacados en América Latina han adoptado posiciones similares en sus escritos. Muchos otros intelectuales y activistas políticos, aunque no toman la causa del populismo revisionista, se sienten desilusionados con el marxismo y desarraigados políticamente. Sienten que las viejas fórmulas políticas y el lenguaje de la izquierda son irrelevantes, pero no ven ninguna alternativa en el horizonte.

La escuela revisionista y otras de la izquierda decepcionada han planteado correctamente la eliminación de las posiciones doctrinarias y autoritarias que se derivan de gran parte de grupos maoístas, trotskistas y marxistas-leninistas. Muchas de estas tendencias son los ejes de los debates políticos sectarios que desgarran el pensamiento marxista de izquierda en todo el mundo.

Sin embargo, la crisis de los "ismos" no significa que el marxismo y lo fundamental del pensamiento y práctica revolucionaria que emana del mismo deba desecharse. Mientras haya capitalismo, burguesía e imperialismo, no puede haber crisis del marxismo que elimine al marxismo; a lo sumo, podrá haber crisis pero para actualizarlo, enriquecerlo o desarrollarlo. Los pilares fundamentales de un movimiento revolucionario todavía se encuentran en esta básica tradición científica. El desafío al que nos enfrentamos como marxistas, es tomar estos pilares y aplicarlos al mundo contemporáneo. Estamos de acuerdo en que necesitamos desesperadamente nuevas estrategias y fórmulas políticas; sin embargo,

éstas deben surgir de la tradición marxista y no dejarse arrastrar fatalmente por la perspectiva reformista.

El abandono de conceptos y categorías marxistas por parte de los nuevos revisionistas conduce a dos fallas interrelacionadas en el programa político del movimiento populista: a) la falta de un análisis de clases claro, y b) la falta de una visión estratégica del socialismo. En vez de embarcarse en un análisis de clases sistemático de la sociedad, los nuevos populistas postulan que hay dos fuerzas sociales fundamentales: por un lado, el pueblo, las masas o los movimientos de masas, y por otro lado, la oligarquías o los sectores conservadores dominantes. Para ellos, los intereses de la burguesía y sus aliados por un lado, y los intereses de la clase obrera con sus aliados por el otro, dejan de ser los pilares fundamentales para abordar un análisis de la sociedad. Estos intelectuales funcionalistas abundan, de forma oportunista, en aquello que le falta a la izquierda doctrinaria (el trabajo concreto con las masas), y esconden el elemento en que aquellos abundan, al menos teóricamente (la estrategia del proyecto clasista).

Esta falta de un análisis de clases claro explica la segunda falla de los revisionistas, la falta de una visión estratégica del socialismo. Al señalar exclusivamente a las masas y rechazar la necesidad de un partido de vanguardia, están adoptando efectivamente una posición empirista y romántica a la vez, ignorando la realidad de que las masas en los inicios de la mayoría de las luchas están casi inevitablemente influidas, si no dominadas, por los valores del orden dominante. En los Estados Unidos, por ejemplo, el anticomunismo está profundamente arraigado en la conciencia popular y seguirá así durante mucho tiempo.

Cualquier movimiento que quiera desafiar el orden dominante tendrá que trastocar estas actitudes de las masas, y solamente podrá hacerlo ejerciendo un liderazgo fuerte. Es este liderazgo el que puede transformar una visión y un programa político, no sólo luchando contra las ideas atrasadas del movimiento, sino también confrontando a los enemigos contrarrevolucionarios y manejando las tensiones internas de clase dentro del movimiento. Sin un análisis marxista y una agenda socialista, estas tensiones y contradicciones podrían conducir inevitablemente a la derrota o a ser ganados por elementos pequeño-burgueses e incluso burgueses reformistas.⁹

Pluralismo en la revolución

A fin de poder acceder al reclamo de la tradición democrática revolucionaria, hay que empezar por reconocer que algunas de las críticas específicas que han hecho los revisionistas acerca del comportamiento de muchos partidos marxistas-leninistas son correctas. Para contrarrestar estas debilidades, los principios democráticos enunciados por Marx y otras figuras revolucionarias deberán incluirse en la estrategia de la revolución, incorporando las experiencias reales que se han dado en el interior de los procesos de cambio, antes y después de la toma del poder.¹⁰

El pluralismo en la revolución comienza con la forma de elegir las banderas de lucha, a la hora de inventariar las necesidades y reivindicaciones de las masas, en el momento de incorporar las motivaciones de la lucha en la estrategia a seguir. Durante la etapa de la toma del poder, un primer problema surge de la forma de aplicar el centralismo democrático, principio alrededor del cual se organizan los partidos marxistas-leninistas. En teoría, esto significa que las bases pueden influir y participar en la toma de decisiones del partido, manteniendo la disciplina aprobada en el cuerpo del partido. En cambio, en la práctica, muchas veces sucede que un pequeño grupo de individuos maneja la organización desde arriba hacia abajo, dejándose poco espacio para discusiones y participaciones democráticas. Después de la toma del poder, la falta de pluralismo se expresa en la concepción y en la práctica de lo que se llama la revolución desde arriba, en que la vanguardia decide para el pueblo, pero sin la participación de las masas en el ejercicio del poder.

Un problema similar se origina y proviene de la naturaleza subversiva y conspirativa del movimiento, especialmente en su etapa militar. Efectivamente, en las situaciones revolucionarias y pre-revolucionarias hay necesidad de cierto grado de compartimentación y de cierto centralismo en la toma de decisiones debido a la naturaleza represiva del Estado. Sin embargo, esta necesidad ha sido muchas veces exagerada por los comités centrales. Más sobresaliente aún es el hecho de que estas tendencias en los estilos de organización han funcionado como factores desmovilizantes que han minado los impulsos naturales de participación de las masas en un movimiento revolucionario. Los nuevos partidos de vanguardia no debieran evitar ser a su vez frentes de masas, en los cuales las bases jueguen un papel central contribuyendo a la orientación y programa del partido. La democracia política, una cualidad que

han soslayado muchos partidos revolucionarios una vez que toman el poder, tendrá que ser parte integral en el avance y sobrevivencia del movimiento revolucionario. Cada vez más aparece la necesidad, para mantener la hegemonía revolucionaria, de sostener amplios debates sobre la propia naturaleza de los procesos revolucionarios.

En los países capitalistas avanzados y especialmente en América Latina, la secretividad de los partidos centralizados ha limitado seriamente la capacidad de los revolucionarios para construir una base popular. Los partidos marxistas-leninistas son fácilmente vulnerables a las imputaciones de la burguesía de que son totalitarios y antidemocráticos por su propia naturaleza. Por supuesto que podría esgrimirse lo antidemocráticos que son los partidos políticos de la burguesía dominante en el capitalismo explotador. Sin embargo, este argumento elude la realidad de que en los países capitalistas avanzados, las masas creen en gran medida que viven en sociedades democráticas y que los partidos políticos dominantes responden a sus intereses. Esta realidad tan fundamental sólo puede superarse si los partidos revolucionarios son capaces de demostrar que sus propias estructuras políticas y sus propios programas políticos son verdaderamente democráticos y que su lucha es para ampliar y no para restringir el espacio de participación democrática. Ningún movimiento político podrá triunfar en las Américas —en los Estados Unidos, o en cualquier país de El Caribe o América Latina— a menos que las masas estén convencidas de que sus derechos democráticos fundamentales van a ser impulsados. Habría que recordar de nuevo que la disputa con la burguesía no es sólo una disputa en el terreno de los principios filosóficos, sino fundamentalmente una disputa en el terreno de la práctica diaria, es decir, en el terreno concreto de la lucha de clases en una formación social determinada. La democracia, no únicamente a partir de los objetivos últimos que vislumbra la vanguardia, sino también a partir de los objetivos inmediatos y concretos que reclaman las masas, debe ser parte integrante de los programas y motivaciones de la lucha: la lucha contra la explotación no podría excluir la lucha contra la opresión, la lucha contra el sistema no podría excluir la lucha contra el régimen, la lucha por los intereses de la clase obrera no podría excluir los intereses de todas las clases explotadas y oprimidas de la sociedad, y en fin, la lucha por los valores socialistas y revolucionarios no podría excluir los valores progresistas y patriotas que anidan en el pueblo.

En los Estados Unidos, el mayor problema que enfrenta la izquierda es el grado de separación alcanzado entre la política y la vida diaria

de las masas. Situación que proviene de la revolución burguesa de finales del siglo XVIII en que se institucionalizaron las energías políticas de las masas y se las redujo a las elecciones periódicas. Hoy en día, mientras la burguesía se esfuerza por empadronar a todos los sectores y conducirlos a las urnas electorales, profundiza simultáneamente el divorcio entre la democracia y los problemas y necesidades diarios del pueblo en su conjunto. La centralización del poder económico ha conllevado la centralización del poder político. Las disputas electorales se reducen a contradicciones en el interior de las élites dominantes y las decisiones políticas nacionales se alejan cada vez más de los niveles locales. Últimamente, los problemas electorales giran alrededor del miedo de turno introducido en el alma de las masas —al comunismo, al terrorismo, a la pérdida de seguridad nacional, a la droga, etcétera— y las plataformas electorales se gastan millonadas de dólares para convencer de que la solución al fantasma se encuentra en cualquiera de las banderas partidarias, demócrata o republicana.

Para los marxistas, la existencia de esta estructura política e ideológica dificulta enormemente avanzar una agenda por el socialismo. Las masas están hartas de la política y su falta de entusiasmo crece junto al ausentismo electoral. Sin embargo, esta situación tampoco favorece a los partidos de izquierda, en quienes no ven mucha diferencia de lo que actualmente rechazan.

Para enfrentar estos obstáculos, los movimientos revolucionarios tienen que luchar por eliminar el divorcio entre la política y los problemas locales y concretos del pueblo. El pluralismo político incluye no solamente la diversidad de sujetos sociales en el proceso revolucionario, sino también la diversidad de banderas que permitan expresar las necesidades cotidianas de la población.

El pluralismo político en la vanguardia

Lo mismo que pasa dentro de la revolución, ocurre en el interior de la vanguardia donde también existen diferentes niveles de conciencia y de compromiso. Hay clases que son más revolucionarias que otras, pero la revolución se hace con todo el pueblo; hay sectores e individuos que son más conscientes y comprometidos que otros, pero la vanguardia y los frentes de lucha tienen que arrastrar a la mayor cantidad de militantes. En otras palabras, hay vanguardia en la sociedad y vanguardia dentro

de la vanguardia. Ello hace necesaria una comprensión flexible para diferenciar lo que son cuestiones de principio y de unidad, de lo que son cuestiones tácticas, entendiendo que tanto la revolución como la vanguardia son procesos homogéneos-heterogéneos que se van construyendo en el camino. Así como el arte de la unidad y de las alianzas es el arte de preservar la hegemonía, también el arte de la hegemonía está en la capacidad de forjar la unidad y las alianzas dentro de sociedades multclasistas y donde coexisten diferentes posiciones, progresistas y revolucionarias.

De hecho, se está dando entre los movimientos revolucionarios un nuevo pluralismo en su perspectiva política, un pluralismo que es innovador y democrático. Muchos de los llamados marxistas-leninistas son hoy sólo una de las corrientes que existen en el tercer mundo y en los países industrializados en el sendero de la revolución. No podríamos seguir esgrimiendo teóricamente el monopolio dogmático de que nuestro marxismo-leninismo es la verdad sacrosanta y que el resto no tiene ninguna validez práctica porque así lo definen los principios revolucionarios. Hoy, el pluralismo político dentro de la conducción y dentro del grueso del movimiento revolucionario está sobre el tapete, y hay que reconocerlo y discutirlo. No estamos hablando de un pluralismo que reduce la vanguardia a una coordinación o síntesis ecléctica de diferentes posiciones. Nos referimos más bien a un pluralismo mediado por la unidad alrededor de principios y de una estrategia revolucionaria.

Las dos revoluciones de las Américas —la cubana y la nicaragüense— marcan la frontera de la ascendencia exclusiva del marxismo-leninismo ortodoxo en los movimientos revolucionarios como fórmula doctrinaria-partidaria para la toma del poder. El Movimiento 26 de Julio que tomó el poder en Cuba en 1959, de hecho no era un partido marxista-leninista, ni la mayoría de sus líderes eran marxistas-leninistas. Sólo después de la incesante agresión del imperialismo norteamericano y de la consolidación de la alianza con la Unión Soviética la dirigencia de la Revolución Cubana se autodeclaró marxista-leninista. Debe reconocerse también el hecho de que la vanguardia cubana, a diferencia de otros partidos en el poder, manifestó y trabajó desde el primer día del triunfo en mantener la participación de los otros partidos en el movimiento general de la revolución, así como en la necesidad de ampliar la participación popular.

A la Revolución Cubana la siguió, veinte años más tarde, la Revolución Popular Sandinista que ha matizado la afirmación de muchos parti-

dos marxistas-leninistas ortodoxos de que únicamente hay una estrategia política que puede participar en la revolución. El Frente Amplio de la Oposición nicaragüense estaba compuesto por dirigentes de origen marxista, marxista-leninista, teólogos de la liberación, social-cristianos y socialdemócratas radicalizados. Junto a Marx aparecen señalados por la dirigencia sandinista, líderes como Sandino (al igual que Martí en Cuba), Benjamín Zeledón, e incluso el mismo Bolívar. Pocas revoluciones triunfantes han tenido un frente ideológico tan pluralista como el que tomó el poder en Nicaragua, sin que ello haya menoscabado los principios y el liderazgo del FSLN. Y de hecho hoy en día, el planteamiento del FSLN sobre la liberación nacional, el antimperialismo, la economía mixta, el pluralismo político y el no alineamiento, es parte sustancial de la doctrina y de la práctica sandinista. En la revolución nicaragüense conviven partidos de orientación cristiana y de orientación trotskista, al igual que liberales, conservadores y comunistas, dentro de un proceso que los va haciendo a todos cada día más sandinistas. La sociedad revolucionaria nicaragüense es multclasista, multiétnica, pluridoctrinaria, económicamente mixta, pluralista políticamente, y a la cabeza de la misma no se encuentra un caudillo sino un frente amplio, y a la cabeza de este frente amplio se encuentra un partido que está a la vanguardia de todos —el FSLN—, y a la cabeza del FSLN se encuentra una Asamblea Sandinista y la Dirección Nacional como dirigente máximo, líder colectivo compuesto por nueve compañeros militantes del FSLN y de la Revolución Popular Sandinista.

El gobierno de Salvador Allende en Chile, durante 1970-73, también fue particular, en el sentido de que marcó la primera experiencia en que una coalición de partidos políticos trató de trabajar unida para establecer una sociedad socialista en las Américas. Los esfuerzos fracasaron, no porque estuviera vanguardizada por una coalición pluralista, sino porque los partidos que comprendían el gobierno de Unidad Popular no tenían programa para la toma del poder, aunque sí para la toma del gobierno, o al menos de una parte del gobierno (el ejecutivo). El escaso poder ejecutivo que tenían lo concentraron en llevar adelante cambios sociales y económicos, descuidando el control del ejército y otras instituciones del Estado dominadas por la burguesía. Este error tan fundamental tenía sus raíces, no en la composición pluripartidista del gobierno de Unidad Popular, sino en un análisis histórico equivocado de la naturaleza de la tradición democrática de Chile.

En años recientes, a lo largo de América Latina han surgido partidos no marxistas-leninistas con contenido revolucionario tales como el Movimiento 19 de Abril (M-19) en Colombia y el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) en Brasil. En los Estados Unidos, uno puede inclusive referirse a la coalición del Arcoiris de Jesse Jackson en 1984, como el primer esfuerzo inicial por construir una organización política con una agenda revolucionaria. De nuevo aquí no hay que confundir lo idealmente revolucionario con lo más progresista y revolucionario del momento, y donde, como decían Marx y Engels en el Manifiesto Comunista, tiene que estar el apoyo de los comunistas.

¿Qué significa toda esta nueva proliferación de movimientos? Sobre todo refleja un pluralismo ideológico que debe tomarse en cuenta en todos los procesos revolucionarios del futuro. Este es un fenómeno excepcional, un fenómeno que está generando un desborde enorme de energía política e intelectual creativa. Corrientes como el marxismo, el marxismo-leninismo, el trotskismo, la socialdemocracia, el movimiento ambientalista, los movimientos pacifistas, feministas, anarquistas, la teología de la liberación, cristianos revolucionarios y otras, no tienen que estar por principio excluidos de la conducción del movimiento revolucionario. El desafío más grande para estos grupos es garantizar el mecanismo de trabajo colectivo, prevenir que las diferencias ideológicas no se conviertan en un obstáculo que los distraiga de la tarea fundamental y que incluso pierdan de vista al enemigo principal —el imperialismo norteamericano y las clases dominantes locales. Para su éxito, durante el curso de la lucha se debe desarrollar entre las corrientes una visión y una estrategia política unificada. Pluralismo y alianzas en el interior del movimiento progresista y revolucionario en el que la hegemonía no es un negocio regateado al comienzo de la lucha para ninguno de los participantes, sino una emulación con que la práctica histórica va decidiendo las posiciones alcanzadas de acuerdo al grado de consecuencia en el recorrido de la lucha.

El pluralismo político que surge entre los movimientos revolucionarios interacciona con el pluralismo político que ya existe entre los sectores populares. Las masas de América Latina, así como las de los Estados Unidos, son en extremo diferentes —social, económica y políticamente—. Es lógico que tengan tendencias y programas políticos diferentes, y que diferentes partidos políticos atraigan a diferentes sectores sociales. En países como Chile, Colombia y Perú la existencia de un buen

número de partidos políticos de izquierda explica claramente por qué el movimiento revolucionario sólo podría tomar el poder a través de amplias alianzas compuestas de una variedad de partidos y movimientos de masas. Esto también implica la necesidad de sostener amplias discusiones abiertas sobre la orientación que tomarían las nuevas sociedades. Y una vez en el poder, la disputa no excluiría el mecanismo consultivo de la urna electoral, donde cada una de las distintas organizaciones revolucionarias competiría con las demás alrededor de los diferentes programas políticos.

El modelo nicaragüense de democracia participativa

La necesidad de una nueva agenda revolucionaria hace a la revolución nicaragüense un modelo tan importante. A pesar de que Nicaragua es un pequeño país subdesarrollado, el desarrollo de su proceso revolucionario proporciona elementos y lecciones a los movimientos revolucionarios a lo largo del hemisferio occidental.

La dirigencia sandinista afirma que el marxismo o el marxismo-leninismo es solamente una de las fuentes doctrinarias de la revolución, y la definición del movimiento se inclina más, en esta etapa, a la liberación nacional que a la liberación social, o que al socialismo, entendido éste como la superación inmediata del capitalismo. Muchos observadores extranjeros ven este hecho como un esfuerzo por ocultar el verdadero contenido de la revolución, o como una forma de anular pretextos que justifiquen la agresión de la administración Reagan u otros enemigos internacionales. Sin embargo, el rechazo de la revolución a la adopción de una nomenclatura socialista tiene causas y raíces más profundas, tales como: a) los procesos internos de la revolución, b) su confrontación con el imperialismo, y c) la fuerza que tienen para la revolución sandinista los principios de economía mixta, pluralismo político y no alineamiento, valores hasta ahora no identificados con las definiciones de socialismo encontradas en las revoluciones socialistas anteriores.

El punto de partida para comprender el contenido ideológico de la revolución nicaragüense es la declaración del Frente Sandinista en 1979, caracterizando la revolución como "democrática, popular y antimperialista". A primera vista, esta declaración es similar a las proclamas hechas en las etapas iniciales de las revoluciones rusa y cubana, por ejemplo, en las que se erigieron frentes políticos multclasistas.

Sin embargo, en Nicaragua esta fase de la revolución se está prolongando y profundizando debido a dos causas interrelacionadas. En primer lugar, la actitud desafiante del imperialismo norteamericano obliga a la dirigencia revolucionaria a mantener el sistema más amplio posible de alianzas de clases. Un dirigente de la revolución expresaba: “Nuestro enemigo principal es el imperialismo norteamericano. Esto es lo que define el curso de la revolución”.¹¹ Un país tan pequeño (con una población similar a la de un barrio de Nueva York o Moscú) y tan cercano a los Estados Unidos, está encarando una agresión prolongada e intensa. Nicaragua no tiene la ventaja geográfica de ser una isla como Cuba, lo que podría facilitar la vigilancia o derrota de las tropas apoyadas por los Estados Unidos que desembarcaran en sus costas. Nicaragua, por el contrario, tiene fronteras abiertas y está rodeada de enemigos. Por esta razón debe convocar la participación de todos los sectores de la sociedad, incluyendo a la burguesía patriótica, en la lucha militar, política y económica contra el imperialismo.

La otra razón fundamental por la cual Nicaragua ha prolongado la etapa de la liberación nacional y popular se debe a la estructura de clases de la sociedad nicaragüense. Esta no fue una revolución de la clase obrera en el sentido clásico. En otras revoluciones como la soviética y la cubana, la clase obrera era mucho más importante, tanto en términos cuantitativos como cualitativos; situación que no es necesariamente característica única de los países desarrollados. En Nicaragua, las clases populares —los habitantes de los barrios, los artesanos, los pequeños comerciantes, las mujeres, los jóvenes, los intelectuales, la pequeña burguesía, etcétera— constituyeron la fuerza motriz de la revolución. El Frente Sandinista en sí mismo refleja esta realidad. No es un partido político en el cual la clase obrera sea predominante; es más un frente de masas compuesto por obreros, medianos y grandes productores, campesinos, mujeres, jóvenes, estudiantes, profesionales e intelectuales en general. Con esta realidad, es lógico que el Frente Sandinista se centre en el contenido democrático y popular de la revolución.¹²

Otro elemento clave para entender la naturaleza política de la revolución sandinista es el reconocimiento de la internacionalización de la lucha de clases, tal como afirmamos en la introducción de esta Agenda. Aquí, más que la contradicción lógica de la lucha de clases, importa la forma en que esta lucha se expresa concretamente, tanto a nivel nacional como a nivel internacional. Y hoy en día nosotros creemos que la correla-

ción internacional de fuerzas en el mundo cuenta tanto como la correlación interna, condicionando así a lo externo el contenido interno de las revoluciones nacionales. La revolución sandinista en ese sentido expresa las contradicciones regionales de El Caribe y de América Latina con el imperialismo norteamericano, la contradicción entre el tercer mundo subdesarrollado y los gobiernos de los países desarrollados. La guerra que el sandinismo está ganándole al imperialismo es apenas una batalla en la lucha entre América y el imperio.

También es importante el hecho que el FSLN ha estado preocupado y concentrado responsable y fundamentalmente en aplicarse a las tareas de la revolución en cada momento determinado, más que en ponerle nombre y apellido doctrinario a la revolución, bastando para ello los principios y las tradiciones democráticas, populares y antimperialistas de las masas nicaragüenses. Incluso se podría decir que también expresa el prejuicio en cuanto al papel jugado por las etiquetas de socialismo o comunismo, especialmente en un mundo donde las masas están aún muy perjudicadas, tanto por los valores anticomunistas de las clases dominantes como por el sectarismo ideológico de las propias izquierdas.

Esta posición se vio reforzada por el hecho de que muchos de los miembros del Frente Sandinista formaron parte del amplio movimiento político de los años 60 y 70, abundante en desilusiones sobre las fórmulas marxistas tradicionales y ortodoxas. Algunos militantes del Frente fueron miembros de organizaciones maoístas, trotskistas, marxistas-leninistas de todos los colores, y otras. La división del Frente en tres tendencias en 1977 constituyó parte del esfuerzo por abandonar viejas fórmulas y desarrollar un programa viable arraigado a la realidad nicaragüense, sin que ninguna de ellas descuidara la tarea histórica fundamental: luchar política y militarmente contra la dictadura y contra el imperialismo.

El rechazo a ponerle etiqueta socialista o marxista-leninista no significa que el socialismo y el marxismo no estén contemplados en el programa político del Frente Sandinista. El comandante Víctor Tirado, uno de los miembros de la Dirección Nacional, declaraba: "El único socialismo es el socialismo científico". El comandante Humberto Ortega, miembro de la Dirección Nacional afirma que "desde el punto de vista doctrinario nos guía fundamentalmente la doctrina científica del marxismo". El comandante Bayardo Arce, también miembro de la Dirección

Nacional, sostiene que “en Nicaragua un marxista es necesariamente sandinista”. El comandante Wheelock, miembro de la Dirección Nacional, plantea “que todas las revoluciones van a tener que escoger un camino no capitalista. Y si es cierto lo que dicen todos los teóricos, después del capitalismo viene una manera de convivir y de producir de carácter socialista”.¹³ Categorías marxistas tales como burguesía, proletariado, vanguardia, colectivización e imperialismo, enmarcan el análisis político del Frente y la evolución de su programa político. La genialidad del Frente estriba en que ha fusionado el marxismo con el sandinismo, la tradición nacionalista y apostando políticamente por la tendencia histórica-estructural de esa misma realidad, buscando estrategias alternativas al modo de producción capitalista, subdesarrollado y dependiente, pero sin abandonar las tareas tácticas dentro de la formación social nicaragüense; recuperando creativamente los aportes teórico-prácticos de las revoluciones modernas y contemporáneas.

Estos factores ayudan a explicar por qué la revolución nicaragüense ha respondido a desafíos internos y externos no declarando la dictadura del proletariado como otras revoluciones anteriores lo han hecho, sino ampliando el contenido democrático de la revolución, sin abandonar las tareas que precisamente llevan al desarrollo económico, social y político de dicha formación social, y por ende al fortalecimiento del proyecto socialista o proletario.¹⁴ Esta estrategia es evidente en cada una de las crisis a las que la revolución se ha enfrentado. Fue evidente por primera vez en mayo de 1980, cuando las fuerzas pro-burguesas encabezadas por Alfonso Robelo presionaron al gobierno para que las organizaciones no sandinistas tuvieran la mayoría en el Consejo de Estado (el cual tenía poderes legislativos). El Frente Sandinista rechazó estas presiones y respondió nombrando en el Consejo a representantes de las organizaciones de masas. Esto hizo que sectores de la burguesía, incluyendo a Robelo, se retiraran del gobierno, estando en minoría. Más importante aún, este hecho marcó el inicio de un proceso en el que las organizaciones de masas tienen cada vez un papel más amplio en el gobierno.

Otro hecho significativo en cuanto a ampliar el papel de las clases populares se dio en 1983, coincidiendo con la invasión de los Estados Unidos a Grenada. En este momento, la Dirección Nacional adoptó la consigna de “Todas las armas al pueblo” y comenzó a distribuir más de 200 mil armas a las milicias y organizaciones populares en todo el país.

Lo mismo podría afirmarse de momentos posteriores; por ejemplo, la integración progresiva de todos los ciudadanos entre 25 y 40 años a los centenares de Batallones del Servicio Militar de Reserva. Si a ello le agregamos los jóvenes entre 17 y 25 años integrados al Servicio Militar Patriótico, hoy uno de cada cinco habitantes en el país está armado y preparado militarmente para la defensa, lo que constituye un verdadero poder popular que tiene que alimentarse participativa e ideológicamente a fin de que la revolución pueda seguir contando con él.

Existe un hecho que muestra el potencial que tiene la dinámica democrática del proceso nicaragüense, como es el proceso de autonomía para las comunidades indígenas de la Costa Atlántica. Sin una experiencia étnica revolucionaria, sin tradición latinoamericana de programas revolucionarios exitosos en el seno de los movimientos de liberación nacional, bajo el expediente separatista de las pretensiones imperialistas, el FSLN logra después de sus primeros errores en relación a los miskitos, conducir y enrumbar las contradicciones y aspiraciones de las comunidades hacia el camino de la autonomía. En gran parte, gracias a la dinámica democrática, popular y participativa del proceso revolucionario.

Tal vez el ejemplo más claro de cómo cierto pragmatismo revolucionario le ha permitido a Nicaragua realizar avances cualitativos a lo largo del camino de la democracia lo podemos ver en las elecciones de 1984. La razón fundamental para sostener estas elecciones se derivó del compromiso que la dirigencia sandinista hizo antes de 1979 con todas las fuerzas populares y democráticas que dentro y fuera del país contribuyeron al triunfo de la revolución. Cuando a inicios de 1984 la Dirección Nacional decidió realizar las elecciones, muchos sectores revolucionarios la consideraron como mero procedimiento formal con poco significado para el desarrollo de la revolución. Sin embargo, una vez que se tomó el compromiso y la decisión de enfrascarse en un proceso electoral amplio y abierto, se puso en movimiento toda una dinámica que conminó a la revolución a tomar seriamente las elecciones y a ampliar los procedimientos democráticos del país. Las organizaciones de masas, particularmente los Comités de Defensa, impulsaron un diálogo y un programa educativo interno que elevó considerablemente la conciencia popular alrededor de aspectos económicos y políticos. Como resultado de ello, el Frente obtuvo una victoria indiscutible en el momento más crítico de la guerra contrarrevolucionaria y de una economía en deterioro. Las elecciones demostraron que un gobierno revolucionario puede

consolidar su poder no a partir de medidas cada vez más dictatoriales, sino por el contrario con medidas cada vez más democráticas.

La profundización de la reforma agraria nicaragüense constituye un paso más en el proceso democrático de Nicaragua. La presión sobre la tierra, particularmente en las zonas de guerra, hizo que muchos campesinos en 1984 y 1985 demandaran la expropiación tanto de fincas estatales como de grandes productores privados. En vez de contener estos reclamos impulsando la organización de cooperativas de producción orientadas por el Estado, el Frente decidió distribuir títulos de tierras privadas y estatales a los campesinos. En el agro, esto constituyó un reconocimiento fundamental del derecho de los habitantes rurales de determinar las propias formas organizativas de sus comunidades y de sus vidas. La adopción de una nueva constitución en 1986 es otro paso adelante en el proceso democrático nicaragüense. El documento redactado por la Asamblea Constituyente electa en 1984, fue sometido a discusión nacional a inicios de 1986. Para facilitar el proceso de discusión, se sostuvieron una serie de "cabildos abiertos" en los diferentes barrios y comarcas del país donde el pueblo y las organizaciones de masas hicieron propuestas de cambios al documento inicial. Casi de inmediato, las organizaciones de masas y los partidos de oposición hicieron públicos sus comentarios en relación al contenido y a la forma de las instituciones políticas que proponía la nueva constitución. Finalmente, la constitución terminó aprobándose por consenso de todos los partidos políticos existentes en el parlamento.

En resumen, en Nicaragua se están incorporando elementos políticos que enriquecen el concepto y la práctica de la democracia socialista. Esto no quiere decir que el país sea un Estado democrático ideal: tiene limitaciones serias, entre ellas una burocracia con muchas trabas y debilidades, la falta de cuadros técnicamente instruidos en diferentes niveles y necesidades, una agresión sin precedentes que la obliga a tomar medidas de emergencia, una crisis económica que dificulta la satisfacción igualitaria de las necesidades y, sobre todo, la falta de una tradición democrática. Todos estos factores ayudan a explicar por qué algunas de las tendencias autoritarias que han caracterizado a las revoluciones anteriores también están presentes en Nicaragua. Sin embargo, salta a la vista que en las sociedades subdesarrolladas, el aspecto político de la democracia es tan importante como el aspecto económico, sobre todo tomando en cuenta que las limitaciones en el orden material no impiden

el desarrollo de los avances en el orden político e ideológico para el socialismo naciente. Por el contrario, hasta podrían compensarlo.¹⁵

Los cimientos del socialismo democrático

Las experiencias cubana y nicaragüense permiten reflexionar sobre los elementos fundamentales para la construcción de una democracia socialista auténtica. Esta democracia tiene que perseguir dos objetivos fundamentales: a) el fin de las desigualdades económicas y sociales, y b) la participación plena de las masas en las estructuras políticas y económicas del país. Conscientes de que ambos objetivos tienen que desarrollarse simultáneamente, es obvio que lo primero puede darse sin lo segundo, en cambio, lo segundo lleva necesariamente a lo primero.

Estos objetivos básicos solamente se pueden lograr creando un sistema político que combine la democracia económica con la democracia política y, dentro de esta última, articulando los mecanismos consultivos, participativos y representativos. Los componentes de la democracia consultiva y participativa son muy conocidos en muchos países socialistas de democracia directa. Involucran la creación y el desarrollo de distintas organizaciones de masas, los obreros, los campesinos, los maestros, la juventud, la mujer, etcétera. La democracia participativa también implica que muchas de estas organizaciones accederían a responsabilidades sustantivas en sus centros de trabajo, sean éstos fábricas, unidades de producción agrícola, oficinas administrativas o escuelas. La igualdad económica y social solamente se puede alcanzar si los trabajadores (en su acepción más amplia) juegan un papel en la gestión de las instituciones económicas y administrativas creadas para su servicio.

Es importante señalar que la democracia y el pluralismo no se reducen a la práctica de los partidos políticos, sino que por el contrario tienen que introducirse cada vez más en la sociedad civil: en las asociaciones gremiales y de todo tipo, en el campo de la cultura, en la religión (para creyentes y no creyentes), en las actividades comunales, en el deporte, en el campo de la educación, en las relaciones internacionales, etcétera.

La democracia representativa ha sido hasta ahora casi por entero patrimonio de la democracia burguesa. Sin embargo, la democracia representativa no tiene por qué excluirse de la vida política en las sociedades socialistas si se pretenden superar sus históricas tendencias autoritarias. En el caso de Nicaragua, los líderes de la nación fueron

electos por el voto directo del pueblo con una participación variada de candidatos y partidos políticos. Lo mismo pasó con la elección de la Asamblea Legislativa, e igual se está proponiendo con los representantes municipales.

En el campo de la democracia representativa, se observa un corte fundamental con el sistema burgués ya que además de la representación de los propios partidos políticos, las organizaciones de masas tienen mecanismos directos de representatividad política, independiente de ellos. La combinación de un parlamento donde estén representados los partidos políticos con una asamblea popular donde estén representadas las organizaciones de masas, constituiría la estructura básica de lo que debería ser una democracia socialista.

El desafío más difícil para las sociedades socialistas revolucionarias podría ser el desarrollo de un sistema pluralista que involucre a partidos políticos que compitan por el poder. Como se señaló anteriormente, en las sociedades revolucionarias la existencia de un partido de vanguardia no debería excluir por principio la existencia de una variedad de partidos revolucionarios, cada uno con una propuesta algo diferente para la construcción de una sociedad socialista. Estos partidos tendrían que diseñar sus propios mecanismos políticos y electorales para el debate público de sus diferentes puntos de vista, de manera tal que la dirección específica que tome la sociedad pueda ser decidida por todo un cuerpo político que exprese las diferencias que todavía existen en las sociedades en transición. Más aún, si se dieran debates públicos y elecciones esto implicaría que los partidos políticos tendrían que acceder libremente a los medios de comunicación. Cada partido político necesitaría su propio periódico, imprenta, librerías y salas de lectura, así como igual acceso a las estaciones de radio y televisión. Un ejemplo radical de esta situación se llevó a cabo en la Nicaragua revolucionaria donde, a pesar de la agresión feroz desatada militarmente por la administración Reagan, la revolución llevó a cabo las elecciones y discutió públicamente y con todos los partidos políticos el proyecto de la constitución.

La existencia de pluralismo político entre los partidos revolucionarios también hace plantearse el interrogante sobre el papel que tendrían en una sociedad socialista los partidos no revolucionarios. Se supone que estamos hablando de una democracia en el seno de una sociedad revolucionaria y de un proyecto revolucionario, lo que implica un pluralismo a favor de cuestiones fundamental y universalmente aceptadas

por el pueblo y en que difícilmente podría mantenerse por mucho tiempo un partido que en la práctica es rechazado por la mayoría del pueblo; tal como pasa en Nicaragua con algunos partidos políticos o sectores que están o estuvieron a favor de la intervención norteamericana. Un panorama diferente estaría mostrando que no se trata de una sociedad revolucionaria, salvo en lo que concierne a las intenciones de la dirigencia.

Si este fuera el caso, surgiría el interrogante sobre la instancia que definiese cuáles son los partidos revolucionarios y cuáles no lo son. Dada la posición hegemónica de los partidos revolucionarios en una sociedad socialista, sería ventajoso para la sociedad en su conjunto permitir la participación de cualquier partido. Esto serviría como válvula de escape para los elementos inconformes y simultáneamente como barómetro político de los partidos revolucionarios para hacer ajustes en sus líneas revolucionarias en caso de que los partidos no revolucionarios ganaran impulso. Las democracias burguesas cuando se sienten seguras en el poder dan espacio a los partidos marxistas en los comicios electorales; no hay razón por la cual en una sociedad socialista donde se gobierna a favor de las mayorías, se tenga temor a tolerar a los partidos no revolucionarios.

Estos valores democráticos son parte integral de la amplia lucha por una sociedad comunista que enunciaron Carlos Marx y Federico Engels en el *Manifiesto Comunista* hace más de un siglo. Luchamos por el fin de la explotación del hombre por el hombre, por el fin de la alienación, de la propiedad privada, del Estado y del concepto tradicional de la monogamia y la familia patriarcal. Estamos a favor de la descentralización, de la colectivización, de la democratización y humanización de la familia. Parte de esa práctica significa que los revolucionarios nos sentimos con el derecho de reflexionar, pensar, discutir, mostrar nuestros intereses abiertamente, decirle al mundo quiénes somos y luchar por transformar ese mismo mundo, sin hipocresía y sin farsa, sin complejos de culpa y sin mojigatería, ocupados radical y consecuentemente por la justeza y eficacia de nuestros principios. En estas sociedades las creencias individuales de todos deben ser respetadas. Se puede ser cristiano, ateo, judío o islámico. Estas creencias son asunto individual; debemos de oponernos solamente a creencias y religiones que tratan de imponerse a otros o se utilizan para fomentar la enajenación. Ello no quita que cada posición trate de hegemonizar sus propias concepciones. Lo contrario sería erigirnos en vanguardia infalible y sacrosanta y pretender

imponerle al pueblo por la fuerza nuestros más avanzados descubrimientos de cómo queremos que sea la sociedad; terminaríamos perdiendo el poder antes de haberlo conquistado, tal como le ha pasado a infinidad de grupos radicales de derecha o de izquierda.

En una sociedad socialista, también debe haber un amplio margen para que los individuos y los grupos desarrollen sus propios intereses. Marx decía que en el comunismo, uno podría trabajar o divertirse cuando uno quisiera. Más importante aún, en una sociedad socialista debería haber flexibilidad para que todos logren sus intereses productivos y creativos. Las empresas personales o cooperadas entre los individuos (en pequeñas escalas) serían elementos tolerables en una sociedad socialista. Muchos desearían desarrollar sus pequeñas industrias artesanales, sus propios centros culturales, deportivos o recreativos. Los objetivos macroeconómicos o de gran escala tendrían que estar determinados por la sociedad en su conjunto, al igual que los mecanismos para impedir la mercantilización y diferenciación social, lo que no significa que el espíritu emprendedor a nivel del individuo tenga que reprimirse. Se supone que estamos hablando de una sociedad donde los instrumentos materiales y los valores culturales excluyen todo espacio para intentar de nuevo la ganancia, la explotación, o incluso la más mínima o simple mercantilización de las cosas o de la cultura. La democracia como definición política de socialismo, no solamente significa el derecho a participar en la orientación de la sociedad, sino, y seguramente más importante aún, el derecho a escoger lo que cada uno quiere hacer con su vida; así, el bien de todos sería un resultado. En última instancia, de esto trata el comunismo: de la liberación completa del individuo para buscar intereses que redunden en beneficio de la sociedad en su conjunto y viceversa.¹⁶

Notas

¹ Burbach, Roger and Flynn, Patricia: *The Politics of Intervention: The United States in Central America*. Monthly Review/CENSA, New York, 1984. Véase también, Robinson, Bill and Noesworthy, Kent: *David and Goliath: The U.S. War Against Nicaragua*. Monthly Review/CENSA, New York 1986; U.S. Department of State, Foreign Assistance Program: FY 1986 *Budget and 1985 Supplemental Request*, Washington, D.C.: Bureau of Public Affairs, 1985.

² U.S. Department of State: *The U.S. and Central America: Implementing the National Bipartisan Commission Report*, Bureau of Public Affairs, Washington, D.C., julio 1986.

³ National Bipartisan Commission: *The Report of the National Bipartisan Commission on Central America*. MacMillan Publishing Co., New York, 1984.

⁴ Lenin, citado por Stalin: *El gran debate (1924-1926). El socialismo en un solo país*. Siglo XXI editores, Madrid, 1976, p. 55.

⁵ Draper, Hal: *Karl Marx and Frederic Engels: Writing on the Paris Commune*. Monthly Review Press, New York, 1971, p. 130.

⁶ Lenin: *El Estado y la revolución*. Editorial Progreso, Moscú, 1975.

⁷ Bengelsdorf, Carollée: "State and Society in the Transition to Socialism". En: *Transition and Development: Problems of Third world Socialism*, Ed. Richard Fagen, et al. Monthly Review/CENSA, New York, 1986.

⁸ Un ejemplo de cómo el nuevo revisionismo intenta descartar el marxismo y su potencial para analizar los problemas democráticos se encuentra en: Bowles, Samuel and Gintis, Herbert: *Democracy and Capitalism: Property, Community and the Contradictions of Modern Social Thought*. Basic Books, New York, 1986.

⁹ Hay muchas obras que discuten este tema: Sweezy, Paul M. y Bettelheim, Charles: *Algunos problemas actuales del socialismo*. Siglo XXI, Madrid, 1971. Un valiente análisis desde la izquierda sobre lo que verdaderamente pasa con el marxismo en los países socialistas es la obra de Bahro, Rudolph: *Alternativa: Contribución a la crítica del socialismo realmente existente*. Alianza Editorial, Madrid, 1980. (The Alternative in Eastern Europe, New Left Books, London, 1978). Véase también: Deutscher, Isaac: *Stalin, biografía política*, Ediciones Era, México, 1965. Bettelheim, Charles: *Las luchas de clases en la URSS, segundo periodo, 1923-1930*. 2a. ed. México, Siglo XXI, 1979.

¹⁰ LacClau, Ernesto and Mouffe, Chantal: *Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics*. Ed. Verso, London, 1985. Harnecker, Marta: *Cuba: ¿Dictadura o democracia?* 8a. ed. Siglo XXI, México, 1979.

¹¹ Wheelock Roman, Jaime: *Habla la vanguardia*. DAP-FSLN, Managua, 1981.

¹² Vilas, Carlos M.: *La revolución sandinista: liberación nacional y transformaciones sociales en Centroamérica*. Editorial Legase, Buenos Aires, 1984.

¹³ Arce, Bayardo; Ortega, Humberto; Wheelock, Jaime: *Sandinistas*. Editorial Vanguardia, Managua, 1984.

¹⁴ Centro de Investigaciones y Estudios de la Reforma Agraria: *La democracia participativa en Nicaragua*. CIERA, Managua, 1984.

¹⁵ Núñez, Orlando: *Luttes de classes au Nicaragua 19/9-1986*. Tesis de Doctorado, París, 1986.

¹⁶ Hay un debate sobre el socialismo y la democracia en: Petras, James: "Authoritarianism, Democracy and the Transition to Socialism". En: *Socialism and Democracy: The Bulletin of the Research Group on Socialism and Democracy*, núm. 1, y Roman, Peter: "A Critical Response to Petras". Ibid. Véase también: Lowly, Michael: "Mass Organization, Party and State: Democracy in the Transition to Socialism". En: *Transition and Development*, ed. Richard Fagen, et. al. *Op. cit.*